

FILMS de AMOR

CABALLERO POR UN DÍA



Num.
268

Fms.
25

DOUGLAS FAIRBANKS JR. - Joan Blondell

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234. APARTADO 707-BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GHAL. ESPAÑOLA DE LIBREHÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 268

JUNIO DE 1932

CABALLERO POR UN DÍA

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por

DOUGLAS FAIRBANKS (Hijo)

Narración literaria de MANUEL NIETO GALÁN

P R O D U C C I Ó N

Warner Bros - First National

Paseo de Gracia, 77

Barcelona

REPARTO

Click DOUGLAS FAIRBANKS
Ruth Joan Blondell

Argumento de dicha película

PRIMERA PARTE

Nos encontramos en una de las grandes estaciones de la populosa ciudad neovarquina, en las horas feéricas en que los viajeros de uno y otros trenes entran y salen con esa precipitación que siempre lleva consigo el saber que se cuenta con el tiempo justo para dar cumplimiento a las más perentorias quehaceres.

En el departamento de lavabos, varios pasajeros procuraban asearse antes de entrar en la población, y mientras uno de los empleados de los trenes hacía estas operaciones, valiéndose de un guacho, un individuo que estaba en la parte de afuera, se apoderó de la gorra y de la guerrera que había colgado en una percha.

—¿Qué vas a hacer ahora con eso?—le preguntó el compañero que iba con él.

Pues ponérmela y entrar, para ver lo que se pierde por ahí dentro—exclamó el que se había apoderado de ambas prendas. Era



...en la calle dos muchachas de vida alegre...

éste un muchacho de unos veinticinco años, mal vestido y con la barba descuidada desde hacía días. A pesar de su aspecto haraposo, no dejaba de resultar simpático al primer golpe de vista y podía asegurarse que aquella vida no era, desde luego, muy de su gusto, y que tal vez las circunstancias le obligaban a llevarla.

Una vez que se transformó con la guerrera y la gorra robada, entró al departamento de

lavabas y se quitó ambas prendas para proceder a su aseo. Cuando lo estaba haciendo se le acercó un individuo en completo estado de embriaguez y, saludando militarmente, le dijo:

—¿Qué hay, muchacho?... ¡No sabes la alegría que me da a mí el encontrarme con un marino!... ¡Yo también he servido en la marina en tiempos de la guerra!

Había dejado en el suelo la maleta que llevaba, y cuando más entusiasmado estaba hablando con el ratero, se presentó el verdadero dueño de la guerrera y la gorra que había sustraído y se la puso tranquilamente.

Sonó el pitó del tren anunciando su marcha y el boodo, sin pensar en su maleta echó a correr para que no se le fuese el tren. El muchacho, al verse sin copa que ponerse y con la maleta del otro, ni corto ni perezoso, se metió en un reservado y cerró la puerta para que nadie pudiese interrumpirlo. Lo primero que hizo fué abrir la maleta y en su interior vió varios trajes y un estuche de afeitarse. Sacó uno de ellos, se lo puso, e inmediatamente se rasuró la cara. Completamente transformado y llevando en el bolsillo algunos cientos de dólares que había encontrado en el equipaje del viajero borracho, salió nuevamente y dejó la maleta en el lugar donde estaba. Casi tuvo tiempo de dejarla, cuando un mozo vino apresuradamente por ella; la



—¿Crees que no te conozco?

cogió y echó a correr hacia donde debía estar su dueño esperándola.

Sin acordarse del otro compañero, salió de la estación y en el bar más próximo se sentó tranquilamente a desayunar, mientras que desde la calle dos muchachas de vida alegre lo contemplaban diciendo una a la otra:

—Mira aquel muchacho que está allí.

—¿Quién es?—preguntó su amiga.

—No lo sé—respondió la otra—. Pero es el que me va a dar ahora lo que necesito.

Y sin dar más explicaciones entró en el bar y se sentó junto al joven. Este miró a la muchacha y vió que debajo de la media de seda llevaba un billete, detalle que le hizo comprender de quién se trataba.

La muchacha suspiró dos o tres veces con fingida tristeza, hasta que el joven le preguntó:

—¿Qué le sucede?

—Estoy desesperada—le respondió apenada—. ¿Si usted pudiera ayudarme? Necesito cinco dólares y no encuentro quien me los dé.

El joven se echó a reír y señalándole la media le respondió:

—¿Crees que no te conozco?... Estoy ya acostumbrado a tratar mujeres de tu calaña. Lo mejor que puedes hacer es marcharte y no perder el tiempo.

La joven que le habían descubierto el juego, no insistió más en su petición y salió del bar, para reunirse nuevamente con su amiga.

Poco después terminó de desayunar y con el estómago lleno y el bolsillo repleto, miró más optimista el porvenir que se le presentaba.

SEGUNDA PARTE

Volvió nuevamente al salón de espera de la estación y al poco de entrar vió sentada en uno de los bancos a una muchacha preciosa. La belleza de la joven llamó la atención de él, quien aprovechando el momento en que ella le miraba, le sonrió significativamente. Ella correspondió a la sonrisa y acto seguido se sentó junto a ella diciéndole:

—¿Esperas a alguien, preciosa?

—A nadie—respondió la muchacha.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Ella se encogió de hombros y él volvió a decirle:

—Me llamo Chick y creo que en cualquier parte estaríamos mejor que a la vista de todos... ¿No te parece?

La muchacha tampoco respondió a aquella pregunta y Chick continuó diciéndole, seguro de saber qué clase de mujer era aquella con la que estaba tratando.

—¿Qué te pasa, para estar tan callada?

—Es que tengo necesidad de secuta y ena-

tre dólares que vale el billete para ir a reunirme con mi compañía y no los tengo—exclamó ella.

—¿Y una muchacha tan bonita como tú se apena por sesenta y cuatro dólares? Si te decides a venir conmigo, yo te daré ese dinero... ¿Quieres que vayamos a un restaurant que hay aquí cerca?

Dudó un rato antes de responder, mas al fin, haciendo un gesto como indicando que todo le daba igual, respondió:

—Iré donde quiera. Tengo mucha hambre.

—Pues vamos—terminó diciéndole él, al mismo tiempo que la cogía por el brazo y le preguntaba seguidamente:

—¿Cómo te llamas?

—Ruth—contestó ella.

—Bonito nombre, tan bonito como tú lo eres.

La muchacha sonrió con cierta tristeza y convencida del sacrificio a que iba a someterse, se dejó llevar por su acompañante hasta el restaurant que él le había indicado.

Una vez allí entraron en un reservado y Chick le dijo alegremente:

—Esto tiene todas las ventajas del hogar y ninguno de sus inconvenientes, ¿verdad?

Ruth afirmó levemente con la cabeza y Chick arrojó una moneda en la pianola para que tocase, mientras que la muchacha miraba por la ventana a una pareja de recién casados,

que acompañados por los invitados se despedían en la estación para emprender el viaje de bodas.

No pudo contener unas lágrimas de pena, al ver la diferencia que había entre aquella mujer tan feliz y ella tan desgraciada. Se volvió hacia Chick que había terminado de pedir la comida al camarero, y éste le preguntó:

—¿Por qué estás tan triste?... ¿Para esto no hacía falta que hubiéramos venido!

—Debe ser la música la que me pone triste—respondió ella—. Dame una moneda para cambiarla y que toque algo alegre.

Chick le entregó lo que le pedía y una vez que Ruth cambió la pieza de la pianola intentó reír alegremente.

Chick la estrechó en sus brazos y se la llevó hasta un sofá que había allí y se sentó junto a ella abrazándola y besándola. Pero su misma costumbre de tratar con mujeres de otra clase le hizo comprender su error, le hizo ver que Ruth no era una de aquellas que él conocía y se sintió defraudado. Se levantó indignado y exclamó:

—¿Es decir, que me has estado engañando? ¿Has hecho que me gaste este dinero para luego...?

Ella bajó los ojos avergonzada y respondió:

—Yo haré todo lo que tú quieras.

Chick, dejándose llevar por su primer impulso le arrojó violentamente de su lado, diciéndole:

—¡No te perdono si que me hubieras hecho cometer una falta irreparable! ¡Anda, come y déjame en paz!

Ruth, sin esperar a que le repitiera la orden, se sentó en la mesa, y mientras que Chick permanecía echado en el sofá, liquidó todos los alimentos que habían servido.

Cuando terminó de comer se acercó tímidamente a Chick y le preguntó:

—¿No me darás ya los sesenta y cuatro dólares para el billete?

Chick la miró detenidamente y al fin le contestó:

—Te he dicho que sí y yo nunca me traigo de lo que digo. Te daré los sesenta y cuatro dólares, pero dime por qué te has prestado a esta comedia.

Ruth suspiró como quien se quita un gran peso de encima y respondió:

—Hace dos días que no comía y tenía mucha hambre, además ese dinero lo necesito para poder reunirme con mi compañía, que está en Salt Lake City. Desde hace tiempo que soy carista de ella, pero tuve la desgracia de romperme un tobillo y me tuve que quedar aquí para curarme. Cuando ya estuve curada me faltó el dinero para reunirme otra vez a ella y entonces acepté el empleo que me



— Te daré el dinero que necesites...

ofrecía el doctor Bernardi. Mi misión era leerle de noche y me entregó varios libros obscenos, por los que pude colegir que aquel hombre, era un verdadero sátiro. Aun me parece estar viendo su figura repulsiva, con grandes gafas negras, tras las cuales brillan unos ojos satánicos. Al principio nada me dijo, pero a la tercera noche, arrastrando sus piernas, porque estaba medio baldado, se acercó a mí y quiso besarme. Sentí una repulsión invencible y huí de la casa. Desde

entonces he rodado por las calles, hasta que te he encontrado a ti y me ofreciste tu ayuda.

—¿Y huiste del doctor y sin embargo aceptaste?—preguntó extrañado Chick.

—Porque desde el primer momento comprendí que tú no eras como él, sentí cierta confianza en ti y algo me decía que debía confiarle a tu caballerosidad.

Chick se la quedó mirando fijamente, cada vez más atraído por la belleza de Ruth. Interiormente se decía que una muchacha como aquella, no podía engañarle y que cuanto le había dicho era verdad. La mirada de Ruth expresaba claramente toda la ingenuidad de su alma y Chick, convencido de ella, terminó diciéndole:

—Te daré el dinero que necesitas. Me gustaste desde el primer momento y te suplico que me perdones el modo como te he tratado.

—Tú eres el que debes perdonarme, el que te haya engañado, hasta ahora — respondió la joven. — ¿Me perdonas?

Chick afirmó con la cabeza y entonces Ruth, sin darse cuenta de lo que hacía, pero impulsada por un sentimiento ajeno a su voluntad, se acercó al joven y le abrazó fuertemente, recibiendo como recompensa un beso de Chick.

TERCERA PARTE

Plenamente conquistado el uno y el otro por la mutua simpatía, se dirigieron otra vez a la estación, para adquirir el billete que le hacía falta a Ruth.

Mientras tanto, en la estación habían ocurrido varios incidentes que habían de tener graves consecuencias para la pareja de enamorados. Primeramente, el doctor Bernardi, que sabía el deseo de Ruth de reunirse en su compañía, había ido a la estación para ver si la encontraba y al mismo tiempo en el depósito de mercancías se presentaba un individuo llamado "Le Barón" llevando una caja de violín bajo el brazo. Dejó allí el instrumento y al recoger la contraseña se aseguró, preguntándole al encargado del depósito:

—¿Podrá alguien sacar el violín?

—No, señor—respondió el otro—. Para sacarlo tendrá que presentar esa contraseña.

—Gracias—terminó diciendo "Le Barón", a la vez que se guardaba la contraseña en la cartera y se abrochaba el abrigo para entrar



...se acercó al joven y le abrazó fuertemente...

en el andén. La aglomeración de público en aquel instante era grande y los empujones se sucedían sin interrupción, hasta que en uno de ellos "Le Barón" se dio cuenta de que le habían dado un golpe y le habían sustraído al mismo tiempo la cartera. Su desesperación se tradujo en gritos de protestas y en querer delinear a todo el mundo para encontrar el que le había robado la cartera. Mas éste ya estaba lejos del lugar de su acción y después de sacar el dinero que encontró dentro, la

arrojó por una ventana, dando la casualidad que vino a caer a los mismos pies del compañero de Chick, que aun esperaba la vuelta de éste. Inmediatamente se apoderó de ella, pero vio que en su interior solamente había una contraseña del depósito de mercancías y dispuesto a apoderarse de lo que fuese, se fué hacia el interior de la estación.

En aquel instante llegaba Chick del brazo de Ruth y su amigo se le quedó mirando estupefacto de verlo tan elegantemente vestido y en compañía de una joven. Chick le hizo una seña para que se callase y cuando estuvo dentro de la estación dejó a Ruth diciéndole:

—Espérame cinco minutos, en seguida vuelvo.

La joven le dejó marchar confiada y Chick se acercó a su amigo que le preguntó:

—¿Dónde te has metido que vas tan elegante?

—Ahora no te puedo explicar nada—respondió Chick—, pero toma estos veinte dólares para que comas todo lo que quieras.

—Mira yo lo que me he encontrado—respondió su amigo, enseñándole la cartera y la contraseña—. ¿Qué hacemos con esto?

—Pues sacaremos lo que haya y ya veremos después.

Recogió la contraseña y se fué al depósito donde retiró el violín. Afortunadamente en

aquel instante "Le Barón" comunicaba por teléfono con un desconocido a quien decía:

—Me han robado la cartera, pero estoy vigilando a ver si alguien viene a retirarlo y hacerlo prender.

Cuando salió de la cabina telefónica ya Chick estaba otra vez junto a su amigo diciéndole:

Se trata de un violín, pero algo nos darán por él. Espérame aquí que voy a ir a empeñarlo.

Muy cerca de la estación encontró la casa de préstamo y mientras que el encargado de ella terminaba una operación con dos clientes, él abrió la caja del violín. Sintió como si su corazón se paralizase al ver el contenido de la misma. En vez de violín lo que encerraba era un puñado de manojos de billetes de banco. Cogió uno y cerró inmediatamente la caja, al mismo tiempo que el dueño del comercio se acercaba a él diciéndole:

—¿Quieres empeñar ese violín?

—No... gracias —balbuceó Chick—. Ya he cambiado de parecer. Y sin dar más explicaciones corrió a donde estaba su amigo diciéndole:

—Sígueme.

Segundos después se encontraban en las carboneras de la estación y Chick le dijo:

—Aquí dentro hay algo que vale un tesoro. Vamos a esconderlo entre el carbón y no

te muevas de aquí. Si alguien quisiera apoderarse de esta caja, defiéndela con tu propia vida. Nos va en ello la fortuna.

Su amigo no podía comprender aquellas palabras, mas como nunca le había engañado Chick, se prestó a la misión que le había encomendado sin el menor reparo.

Colección siempre

BIBLIOTECA FILMS

la mejor novela
cinematográfica

CUARTA PARTE

Mientras tanto, en la estación el doctor Bernardi había descubierto la presencia de Ruth y cuando ya iba a dirigirse a ella, vió que se le acercaba Chick y solamente tuvo tiempo para ocultar su rostro detrás de un periódico que leía y seguir con la mirada a la pareja. Chick, llevando del brazo a la joven, le dijo:

—Vamos a preguntar a que hora sale el tren.

Ruth se paró de pronto y mostrando su torreada pantorrilla, le dijo de pronto:

—Antes tendrás que comprarme unas medias. Mira, se me ha roto la que llevo.

—Pues vamos a salir.

Otra vez salieron de la estación y al pasar por una tienda de ropas Chick vió que estaba colocado sobre un maniquí un precioso vestido. En seguida pensó lo bien que le sentaría y le propuso comprárselo.

—Pero, ¿si solamente hemos salido para comprar unas medias?— respondió rehusando la joven.

—No importa— insistió Chick—, yo quiero comprarte ese vestido. ¿Acaso temes aceptarlo de mí?

Ella le miró amorosamente y exclamó:

—Tengo fe ciega en ti, y para que lo veas acepto tu regalo.

Entraron a la tienda y una vez en ella, Chick le dió unos cuantos billetes a Ruth diciéndolo:

—Mientras te lo pruebas yo voy a sacar los billetes.

Fuó nuevamente a la estación y preguntó al encargado de los coches camas:

—Hay algún departamento libre.

—No, señor—respondió—. El único que había acabo de vendérselo a un señor.

—¿Y cuándo sale el tren para Salt Lake City?

—Dentro de una hora.

Esta bien—terminó diciendo Chick.

Seguidamente se dirigió a la bombonería pensando que para el viaje no vendrían mal unos cuantos cucuruchos de caramelos y mientras los compraba, en el almacén de ropa, Ruth, vestida con el traje que acababa de comprar, pagó con el dinero que le dió Chick en importe.

Antes de salir entró un "botones" preguntando:

—¿La señora Ruth?

—Yo soy—respondió ella,

—Un señor me ha dado este billete de un reservado del tren que va a Salt Lake City y me ha dicho que la aguarda en él.

—Ésta bien—respondió Ruth terminando de pagar y saliendo de la tienda, para dirigirse hacia el departamento del tren.

Apenas había salido llegó Chick y preguntó por ella. La dueña de la tienda quedó sorprendida y a su vez le preguntó:

—¿Pero usted no la ha mandado llamar?

—Yo, no—exclamó Chick.

—Pues aquí ha venido un "botones" y le ha dado un billete para un reservado de un tren.

Sin esperar a más echó a correr en busca de Ruth, al mismo tiempo que la dueña de la tienda se fijaba en los billetes que le había entregado Ruth y le decía a la dependienta:

—Parece que estos billetes no son buenos. Ves a la estación y enséñalos.

Ruth por su parte, creída que el billete aquel se lo había enviado Chick, se fué directamente al reservado, pero apenas entró, se encontró con el doctor Bernardi que le cerraba la puerta para que no pudiera salir. La joven, al verse en presencia del sátiro de quien huía, dió un grito de espanto y varios viajeros acudieron para prestarle auxilio. Fué inútil, porque la puerta estaba cerrada, y no podían abrirla. Al fin se presentó Chick y saltó por una ventanilla. El doctor al ver que

entraba un hombre se tiró por la otra ventanilla, con tan mala fortuna que fué a caer en la vía contraria al mismo tiempo que entraba un tren y lo arrollaba bajo sus ruedas. Chick, que había presenciado el final del doctor, se acercó a Ruth y trató de calmar su excitación diciéndole:

—Cálmate que ya no te molestará más ese hombre.

Pero, cuando Chick fué a pagar el importe de los bombones quitó la faja a uno de los fajos de billetes que había encontrado en el violín y "Le Barón" al verla comprendió que aquel individuo se había apoderado de lo que le pertenecía. Intentó detenerlo cuando subía al tren para auxiliar a Ruth y Chick de un puntapié se lo quitó de encima.

Ya parecía todo arreglado, cuando de improviso se presentó la dueña de la tienda de ropas, acompañada de dos policías y señalando a Ruth le dijo:

—Ésta es la que me ha dado esos billetes falsos.

La policía, que tenía confidencias de que había de llegar en un próximo tren un monedero falso, para ponerse en combinación con su cómplice, creyó que era ella la persona que buscaban y la detuvo.

Ruth miró asombrada a Chick, como si con la vista le quisiera preguntar qué es lo que debía de haber de verdad en todo aque-

llo. Entonces fué cuando Chick comprendió toda su falta y se acercó al inspector diciéndole:

—Inspector Kandall, ella es inocente. Fui yo quien le dió esos billetes.

—Pues los dos quedáis detenidos, hasta que se aclare esto.

Los llevó a donde estaba el despacho de policía en la estación y allí se encerró con ellos y con otro policía llamado Parker.

—¿Qué hay de verdad en esto del monedero, Chick?—le preguntó el policía.

—Pues que el único culpable soy yo—respondió Chick—. Déjuela a ella en libertad.

—Pero, ¿usted no era un caballero?—preguntó Ruth extrañada de que la policía conociese a Chick.

—No—exclamó él, confesándole la verdad.—Yo acababa de salir de la cárcel cuando usted me encontró.

—Buena, buena—les interrumpió el inspector Kandall—, no son estos los momentos de madrigales, o dices la verdad, o los dos vais a la cárcel.

—¿Si digo la verdad la dejará en libertad?—preguntó ansiosamente Chick.

—Sí—respondió el policía.

Chick refirió entonces lo que le había pasado y el policía, cuando terminó, le dijo:

—Ahora falta comprobar todo lo que has dicho. Parker irá contigo donde dices que está

la caja del violín y veremos lo que encontramos en ella.

Acompañado del policía se dirigió a las carboneras de la estación y quedó sorprendido al ver que no estaba allí su amigo. No obstante entraron dentro y en el momento en que se apoderaban de la caja, "Le Barón", que los había seguido, disparó sobre ellos hiriendo al policía. Este, al sentirse herido le dijo a Chick:

—No te ocupes de mí, muchacho. Corre tras él.

Chick sin detenerse corrió tras "Le Barón", que se había apoderado de la caja y corriendo entre los trenes, subiendo a los vagones y huyendo el uno del otro, llegaron hasta cerca de la estación. Por fin Chick pudo darle alcance y entre ambos se entabló una lucha formidable, cuyo resultado no era fácil prever, dada la corpulencia del adversario del muchacho. Mas afortunadamente fueron descubiertos por otros policías que se apoderaron de ellos y los llevaron al despacho de la estación.

El inspector Kandall, al verlos entrar, preguntó a los que le habían detenido.

—¿Dónde está Parke?

—No le hemos visto—respondió el guardia que había detenido a los dos.

Pero "Le Barón" aprovechó aquel instante para hacer recaer las sospechas sobre Chick, diciendo:

—Está en las carboneras herido. Este hombre disparó sobre él y por eso pretendía yo detenerle. Me ha robado primeramente esta caja que es mía.

—¿A ver qué contiene la caja?—preguntó el inspector.

Chick estaba seguro de que al abrir la caja podría probar su inocencia, pero su desconsuelo fué grande cuando al quedar abierta vió que en su interior sólo había pedazos de carbón.

—¿Otra bromita?—preguntó irónicamente el inspector—. Ahora tendrás que responder de dos delitos, el de monedero falso y el de haber herido a Parker.

—¡Yo le juro que los dos delitos los ha cometido este hombre!—exclamó Chick.

—¿Qué dice este fresco?—exclamó indignado "Le Barón". ¿Se atreve a ofenderme después de haberme robado el violín?

—Cálmese, señor — respondió Kandall—. Afortunadamente todo ha quedado aclarado y estos pájaros pagarán lo que han hecho.

—¡No!—exclamó Chick—. ¡A mí pueden detenerme por vagabundo, pero a ella no, que es inocente! No sabía quién era yo.

Sin embargo, Ruth no hacía ninguna acusación sobre Chick, ni trataba tampoco de defenderse. En aquellas pocas horas que había tratado a Chick pudo comprender que el joven no era malo y más aun, aquel escaso

transcurso de tiempo fué suficiente para llegar a sentir por él un afecto que era mucho más profundo, que el de una simple amistad.

"Le Barón", que no estaba muy seguro allí, preguntó al policía.

—Puedo retirarme, señor Inspector?

—Sí, señor—respondió éste—, y perdane las molestias que se le han ocasionado.

"Le Barón" salió del despacho, mientras que Chick le decía al inspector:

—Está usted cometiendo una gran torpeza. Ese hombre es el que ha asesinado a Parke.

—Yo sé lo que me hago—exclamó el inspector—. A mí no puedes engañarme tan fácilmente, aunque vamos para afuera que ya habrá llegado el coche que llevaba un borracho que han recogido en la calle.

Salieron de la estación y en la puerta estaba el coche celular. Apenas abrieron la puerta, Chick lanzó un grito de alegría. El borracho que habían recogido era precisamente su compañero. Se precipitó sobre él y zarandeándolo violentamente le dijo:

—¿Dónde están los billetes que había en la caja?

El otro mostró un saco que llevaba y respondió sonriendo:

—No te apures, que en la caja había muchos. Los tengo guardados aquí, para que nadie se los lleve, los defenderé con mi propia vida.

Chick abrió el saco y arrojó su contenido y entre varios pedazos de carbón aparecieron los fajos de billetes.

—¿Vé como es verdad?—exclamó.

El inspector no dudó ya de las palabras de Chick y exclamó:

—Vámas al despacho otra vez.

Nuevamente entraron en la estación, pero en la puerta vieron a "Le Barón". Inmediatamente el inspector dió orden de que lo detuvieran y el verdadero monedero falso protestó indignado diciendo:

—¡Eso es un abuso! ¡Daré cuenta a mi Gobierno!

—¡Buena, eso ya lo hará después, pero ahora venga con nosotros!—exclamó el guardia que los acompañaba.

Entraron al despacho y "Le Barón" se dirigió al inspector diciéndole:

—¿Por qué se me detiene a mí? Si no me dejan en libertad inmediatamente exigirá que mi Gobierno presente la debida reclamación.

Antes de que el inspector pudiera contactarle llamaron por teléfono y puesto al aparato, exclamó al poco rato:

—¿Eres tú, Parke? ¿Cómo te encuentras?

—No es de gravedad la herida—respondió el otro, que había sido conducido a una clínica—. Te hablo para decirte que el que me ha herido es un hombre de un abrigo negro,

que lleva un sombrero del mismo color y el pelo rubio.

—Está bien, Parke—respondió el inspector.

—¿Le habéis cogido?—preguntó el otro.

—Ha estado a punto de escaparse, pero ahora ya lo tengo en mi poder.

Se volvió hacia "Le Barón" y le dijo sonriéndole:

—¿Con qué tiste! quiero quejarse a su Gobierno de que se le detiene injustamente?

—¡Sí, señor!—exclamó el alemán—. Esto es un atropello intolerable.

—Sin embargo, mi compañero dice que lo detenga, porque ha sido usted el que lo ha herido y que este muchacho ha prestado un gran servicio deteniéndole.

"Le Barón" miró hacia la puerta, buscando una salida, pero a una seña del inspector se vió esposado por los otros policías. El mismo dejó en libertad a Ruth, diciéndole:

—Perdone el mal rato que le he dado y olvide estas horas de malestar.

Fué a salir Ruth y al mirar la expresión de pena que tenía Chick se acercó a él y le dijo:

—Gracias por todo, Chick, y conste que sigo trayéndote un caballero, como antes.

Chick sonrió agradecido y de pronto, cuando él menos se lo esperaba, sintió que los brazos de Ruth le rodeaban el cuello.

Salió la joven, para ir al tren, cuya salida



- Entonces... pasará lo que tú quieras.

era ya inminente, y el inspector le preguntó a Chick:

—¿Y tú, no la acompañas?

—No puedo—respondió el muchacho.

—¿Por qué? — preguntó el inspector—.

—¿Ya te has cansado de ella?

—No—exclamó Chick—, pero me es imposible ir a despedirle, hasta que usted quiera. Y le enseñó las esposas que le había colocado.

Sonrió el policía y quitándose las le dijo:

—Ya estás libre, Chick, y que tardó mucho tiempo en trabar conversación contigo.

—Así lo espero — exclamó el muchacho, desde la puerta, corriendo a despedir a Ruth.

—¿Y yo qué hago aquí? — exclamó el compañero de Chick, al ver que nadie se acordaba de él.

—Puedes largarte cuando quieras—exclamó el inspector—, pero ten ojo otra vez con el carbón que cojes y con lo que bebes.

—No se preocupe—respondió—. He encontrado un establecimiento donde lo venden de lo mejor. Si quiere le invito.

Entre tanto, Chick había llegado ya al vagón donde estaba Ruth y se despedía de ella diciéndole:

—¿Te acordarás alguna vez de mí, Ruth?

—Nunca lo olvidaré, Chick—le respondió ella—. ¿Tienes la dirección de mi compañía?

—Sí—contestó el joven.

—Pues no la olvides y escribeme, hasta que volvamos a encontrarnos.

—¿Y qué pasará entonces?—preguntó intencionadamente Chick.

—Entonces... pasará lo que tú quieras—respondió bajando la vista ella.

—¿Verdad que entonces ya no te separarás de mí?

—¿Y verdad que entonces ya trabajarás tú?

—Te lo prometo—respondió Chick.

SEÑORITA...

Quiere usted perfeccionarse
en la difícil tarea de guisar?

El tratado que acaba de aparecer

El Arte Culinario

le sacará de apuros, pues
contiene más de 200 fórmu-
las de platos suculentos y
escogidos, ponches, cocteles,
postres, helados, etc., etc.

Recopilación de

Dionisio Fernandez Vidales
«Chef» del Majestic Hotel

Precio popular
UNA peseta

Pídalo hoy mismo antes que se agote a
Pedidos a EDITORIAL "ALAS"

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

300

PRUEBAS SON AMORES...

El éxito creciente de

Ediciones Biblioteca Films

se debe a su

Presentación incomparable

y a las

GRANDES EXCLUSIVAS

que ha asegurado para la temporada actual

LAS PRUEBAS

UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER

UNA HORA CONTIGO (segunda edición)

DOS CORAZONES Y UN LATIDO

EL CONGRESO SE DIVIERTI

ATLANTIDA (segunda edición)

EL EXPRESO DE SHANGHAI

UN CHICO ENCANTADOR

VICTORIA Y SU HUSAR

COCKTAIL DE CRIOS

LA REINA DRAGA

REMORDIMIENTO

RONNY

EDITORIAL "BLAS" Ap. Correo 707
BARCELONA

Verifique números sueros y colecciones, comprados, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Envío gratis.